

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE LEGANÉS

-AÑO 2021 -

Pronunciado por D. Alberto Muñoz Cuende en un Acto presidido por el Rvdo. Sr. D. Jaime Pérez-Boccherini Stampa, Párroco de San Salvador, en la Santa Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. De Butarque el sábado 20 de Marzo de 2021 a las 12.30h. y armonizado por el dúo musical de D. David González Gómez y D. David Muñoz Cuende.

¡Con la venia, mi señora! Que voy a dar al martillo, que ya atronan las campanas y espera la gente en la barbacana y están los niños en altillo. ¡Con la venia, capitana! Que ya avanzan los ciriales, que humea el incienso y dan pasos los acólitos en el atrio de nuestros sueños, de las entradas y salidas que mejor hacen los anderos de la luna llena de primavera, la primera desde del invierno. ¡Con la venia, presidenta! Que quiere salir la Soledad a la calle, que está esperando la acogida de su pueblo, que buscan en un sinfín de detalles, su maravilloso rostro eterno. ¡Con la venia, que voy a llamar a mi cuadrilla! Que el martillo los anuncie que ya está aquí el momento, que sale nuestra procesión del viernes de dolor, y que empezamos, es cierto, la más grande Historia del mayor amor. ¡Con la venia! ¡A esta es! ¡Arriba y muy fuerte nuestra Madre! ¡Que llegue hasta el Cielo como ustedes saben!

¿Has visto, amiga mía, el amor que tiene todo el pueblo? ¡Con qué devoción se han preparado en la Cuaresma, con tan celo y ayuno han llegado a esta semana de pasión, que nos abre a la vida eterna! ¡Como no tener amor a tantos hijos que con empeño viven estos momentos, que por mucho que creamos son perpetuos, cada segundo se hace al tiempo! ¡Y qué bien que lo hacen, qué bien los enseñaron, qué recuerdo dejaron aquellos que ya han marchado!

Con tímida voz le contesta su amiga, ¡no es para agradecer tanto premio, que la devoción de los mayores siga, en los hijos y en los nietos, en las generaciones que vendrán cuando dejemos hueco.

La contestó con dulce y melodiosa voz: Gracias hay que darlas a Dios, nuestro Padre, por darnos tantos ejemplos, amiga mía, que ofrecieron su trabajo y su tiempo por los Titulares de nuestro pueblo, la pasión de todos ellos. Ser sus manos, poner mantillas en las tardes de Jueves y Viernes Santo, colocar y vestir a Su Madre con precioso manto, acariciar sus mejillas, rozar con la yema de los dedos esa lágrima de un corazón que palpita, por la muerte de su Hijo, de su amado niño, de nuestro Señor Jesucristo. Entra el hilo en la aguja, y en la tela se clava la punta de lo que será un nuevo manto, de los faldones del paso, del rostrillo de la Virgen o la saya de bordado. Colocar las

flores todo el año, los lirios blancos, claveles rosados, azucenas y rosas que adornan el altar de la Señora. Guardar, en constante espera, su ajuar, entre la naftalina de los armarios, todo bien planchado y adecentado, para que en una nueva Semana Santa pueda relucir como oro a su paso. Una presidencia, un cargo, una acción de gracias por todo el trabajo dado, y que con orgullo ha pasado de una madre a su hijo, bien alto, y de él a tus nietos, porque la Hermandad de la Soledad ha triunfado cuando la humilde hija del general al cielo ya ha llegado! ¡Gracias por todo amiga mía, soy yo tu Soledad, la que a las puertas del paraíso te ha esperado, Ana María, y aquí entre las nubes vemos como un año más la Semana más grande a tu pueblo, el que te vio crecer, ha llegado. Asómate, hija mía, desde la patria celeste, a ver la maravilla que a tus amigas has enseñado y sea desde el atrio del Salvador o en la puerta del Cielo, se oiga a viva voz y con fuerza y alegría, un sincero ¡Gracias Ana María!

Están la Virgen y nuestra amiga desde las nubes contemplando aquella escena que en Leganés está pasando, que sale su Imagen a las calles, que está llamando ya el capataz a los anderos. Todos y cada uno de ellos, preparados, esperan el golpe del llamador. Entornad el hombro señores míos, que llega el momento de alzarla al Cielo, que la vea ella que desde pequeña tanto la miraba, la contaba su pena, su alegría, sus momentos de ansia y espera, ¡toda una vida! Primer golpe. Flexiona las rodillas, andero, y prepara para el segundo, cierra tus ojos un momento.

Y los vuelve a abrir. No ha pasado nada, y ha pasado todo en este instante. Cierra y abre los ojos aquel señor y su peso se ha aliviado, como si no cansara el yugo incesante, del paso en su espalda cargado; pero se ha vuelto sin quererlo más grande. No es un peso llevado con orgullo y alegría, un peso que de penitencia para esta semana a los corazones llena y rebosa de esperanza, un peso que se llena de gritos de Ave María, y estalla de vivas hacia la que de todas las mujeres es la más Santa. Es abril del año de dos mil veinte. El peso, como pueden imaginarse no es el mismo del que les hablo, es un peso frío, inmóvil, puede que parezca desesperanzado, en el encierro de nuestros hogares, en el dolor de los corazones asolados, en esas noticias que llegan de telediaros, que la situación no mejora, que hay cada vez más dolor y llanto, que muchas familias empiezan a perder todo el ánimo al ver con la furia que estamos siendo atacados. Un virus, que del oriente había llegado, venía a recordarnos que sin Dios no somos nada, que en palabras de la Santa de Ávila, carmelitana, “Sólo Dios bastaba” pero ya la sociedad, a aquella mujer del medievo, olvidada la había dejado en mísero agujero. Porque es Él el único que da sentido a la vida, el único que basta, que sin él

estábamos vacíos en la ira, perdidos en un mar que tormenta amenaza. Y tiene que venir, hermanos, algo insignificante para el humano, que ni siquiera podía verse ni ser mostrado, a replantear nuestras vidas hasta tal punto de cambiarlas enteras a su paso.

¡Cómo fueron aquellos días! Como amanecía cada mañana, con el sol anunciando una nueva jornada entre las paredes de la casa, algunos con niebla y lluvia que regaba, esas calles desiertas, esos pueblos sin alma, esas ciudades perdidas, este mundo, que rodeado de lujos y tesoros, expiraba. Y surgieron, de la noche a un nuevo día, el verse la cara en una llamada. Y esa era la suerte de todo el que vivía, ver a través de lo que muchas veces nos separaba, aquella tecnología, a una madre, a un hermano, a los abuelos que mucho cuidado les implorábamos, al amor al que tanto echábamos de menos, a los amigos de los que no nos olvidábamos, a los que prometíamos celebrarlo cuando hubiera pasado, pero que también tocaba tristeza y llanto al consolarles porque la muerte de algún familiar, sin poder despedirse les había tocado. Está ya en el Cielo, los que tenemos el gozo de creer en Cristo Resucitado, les repetíamos y ese es el mejor consuelo para el cristiano, saber a ciencia cierta que después que esta vida haya pasado, volveremos a reencontrarnos allí arriba con aquellos a los que tanto amamos.

Y partió al Cielo. Una Hermana que toda su vida había dado por la caridad con los más necesitados. Sor Julia, de la Inmaculada nos dejaba, y a los que habíamos visto su sonrisa cada mañana, en el colegio abriendo la puerta a esos bostezos de los más pequeños, a los medianos en Primaria entretenidos en sus juegos, a las preocupaciones de los que empezaban su juventud con empeño. En el colegio cada día respiraba el olor de unas flores, del jardín de San Vicente, que desde Francia, como afluente llegó a los pobres de España, en forma de doncellas de caridad que nos hacían vislumbrar al que sufre como nuestro hermano, de quererlo y sin medida amarlo, si pasa hambre ayudarlo, ¡pues así lo hacíamos también con el Crucificado!

Estamos en las puertas de San Pedro. Dos pequeños querubines voltean el arco de flores del Cielo. Las llaves tintinean entre las manos del pescador galileo, que Jesús había elegido como piedra, no solo de un Templo, sino de una Iglesia viva, que en momentos como este mostraba su consuelo y cercanía. Preparadlo todo, angelitos y querubines, que Leganés ha vuelto a contener el aliento, y recibámosle en el Cielo. Ahora es él el que merece los grandes manjares, la fruta más fresca, el pescado del horno de fuego, la carne de la mejor fiesta. Una vida entregada para ese gozo que las Hermandades vivían en su principal día, se tradujese en compartir juntos la mayor comida.

Una fe honda y bien legada en su familia, sus hijos y nietos, todos los que hemos crecido viéndole pasar del salón a la cocina, siempre con el mismo cuidado y esmero en que saliese al gusto del pueblo. Recordaba yo aquel día, en el que llegó tan triste noticia, las travesuras de un niño pequeño subiendo las escaleras, y bajando con cuidado para no caer al suelo. Pues las mejores escaleras, las del Cielo, las han abierto los ángeles y todo el celestial cuerpo, porque si era en la Tierra querido, ya ves que lo será, con nuestra oración, en el firmamento. Tocad los ángeles, que el hermano Francisco a su tocayo ha acompañado al palacio más alto, a disfrutar de la mesa del Señor, en compañía de los santos y celebrar su triunfo sobre el pecado. María, en toda sus advocaciones, a las que tanto él quería, le recibe en la entrada de San Pedro y avanzan juntos por La Gran Avenida del Cielo, y ahí está el premio de haber dado su vida por entero. El recuerdo permanece, la fe se hereda, el amor como padre y abuelo le enaltece, su buen hacer destaca, su elegancia como fina seda, hasta siempre ¡Gracias por todo, Paco!

Sacerdote para la Eternidad. Así también partió al Reino Don Félix. Treinta y ocho años sin parar, en un servicio ejemplar al cargo del Salvador. Una familia en esos años se formó, en los que la Iglesia era un continuo cambio, sin perder el mandato del Resucitado: la evangelización y el amor a los hermanos. Sin duda, Félix, en palabras del vicario Avendaño, fue creador de caridad de cristianos: vivida desde el amor a sus feligreses, a las hermandades y sus hermanos, a una parroquia que le enseñó tanto y que nos dio su vocación de párroco y su decisión en la labor que Dios le había encomendado. ¡Gracias Félix por tu guía, disfruta ya de la casa de la alegría!

Entre las nubes del cielo, caen pequeñas gotas de lluvia que chocan contra la ventana de nuestro andero. Él estaba recordando todo aquello, mientras en la pantalla admiraba como avanza la Soledad por la Plaza de España. Unas chispas salen del carbón de su incensario, uno pequeño con mucho amor preparado y que quema las esencias de una Semana Santa que a las puertas se ha quedado de salir a la calle, de evangelizar por los barrios de tantas ciudades que tiene nuestra España, encerrada en esos momentos, en una especie de Cenáculo. Miedo tenían los apóstoles de salir a la calle pues no habían visto a Cristo Resucitado, miedo teníamos nosotros de pillar un mal no deseado. Terror les pasaba por su mente cuando pensaban que los romanos, como habían hecho con su Maestro y Amigo, les hicieran pasar por ser torturados. Terror teníamos nosotros encerrados, por lo que pudiera traer el nuevo día, por no ver a los que queríamos, por olvidarnos del pasado y encarar un futuro incierto, oscuro y sin ánimo. Pero allí estaba Ella, en nuestras casa y el Cenáculo. Ella, la Madre de todos los cristianos, la que

aceptó en el Calvario el mandato de su Hijo Amado, la que fue acogida por San Juan, el más joven hermano de los doce elegidos para la causa del Crucificado. El que más corrió, el que vio y creyó, el que apareció aquella mañana en el sepulcro vacío y abierto su enlosado, el que después escribió lo que había sentido con el Maestro, con un vuelo de águila, muy alto, sobre la tierra en quien Jesús había dado su Cuerpo y Sangre como alimento de un Cielo anhelado. Allí estaba Ella, amigos, en medio de nosotros, acompañando y siendo acompañada hasta el Calvario, por los hermanos del Discípulo Amado, el Cristo y la Soledad en una semana, que sin salir a las calles seguía siendo la más santa del año y en la que un hombre, encarnado en María sin pecado, nos redimió en la Cruz una tarde de Viernes Santo.

¿Tenemos, de verdad, miedo, hermanos? Querido andero que imaginas a la Soledad sobre tu hombro cargado, con estos tus recuerdos, ¿sientes de verdad que nada ha pasado? Camarera de nuestra Virgen rezando el rosario, ¿confías en este gran arma del cristiano? Capataz del paso viendo como revira por la calle Mediodía, ¿ves cómo se mece tu Madre del Cielo como la tuya en la tierra de pequeño te mecía? Director espiritual, sacerdote del Señor, ¿tu vida de entrega a tu vocación se ve plena en esta semana de pasión? Acólitos y monaguillos levantando los ciriales ¿es esta labor la que os hace que en medio de tantos mundanales seáis jóvenes extraños pero fieles a sus ideales? Las bandas de música, nuestro Fénix, que sin tocar en ese año os seguimos escuchando ¿vuestro canto y redoble de tambor, vuestro aire en corneta espirado, llega de verdad al Cielo y se funde con los cantos del angelado para dar gloria a Dios que después de su pasión habrá resucitado? Todas estas preguntas, mandadas por el diablo, que hacen tentar al cristiano sobre su labor en este mundo, tan frío y apagado, se responden con un Sí ferviente, caluroso, entregado, lleno de fuerza y de esperanza, agotado de vida y luz que la ilumina, firme en la Fe que se le ha dado, lleno de amor por el pasado, ganas de un futuro que llegará, por nadie es dudado, de un presente que poco a poco vamos avanzando, extenso, solemne, grito encajado de una saeta que se dirige a los ojos del Nazareno que sube por Jeromín con la cruz cargado. Es un Sí, como el de María en la Anunciación, un Sí a la Encarnación de Nuestro Señor, un Sí como el de Cristo en Getsemaní, aceptando el cáliz que le había de venir, una afirmación de ser flagelado por nuestros pecados cuando enmudece ante la fuerza del látigo, un acierto a la púrpura de su manto, a la corona de púas que atraviesan su cráneo, a la soga que de su cuello cae hasta sus manos y llega a los pies, que todos tenemos el anhelo de besarlos, cuando pase todo esto, los pies de Medinaceli, Padre Nuestro Jesús Nazareno.

Y así es como se sale del confinamiento. Con la esperanza puesta en el Señor y en su Madre, en la fe que nos salva, en las vísperas y laudes seguidas en pantalla, en el vía crucis del Discípulo, en el Descendimiento del Cristo, en las misas de Pascua, en el rosario de las tardes y en habernos de nuevo visto. Volvíamos a nuestra Iglesia, a iluminar nuestras plazas por Pentecostés, a arriar nuestra bandera en señal de luto, a mirar a Dios, al que es, y no olvidarnos de aquellos que nos dejaron, a rezar por todos los suyos.

Llegaba Septiembre. Las tres hermandades de Pasión preparaban una escena nunca vista por mayores y pequeños, que quedaría grabada en nuestra mente. La Soledad miraba al Cristo, San Juan señalaba al Crucificado, y Dios, hecho carne y muerto en la cruz, abría sus brazos y costado, para mostrarnos la luz a aquel que en su muerte la salvación había visto.

Mientras, en el Cielo, disfrutaban de la imagen aquellos que ya partieron. Nuestro querido Eugenio, que de luz y chispa había llenado en vida todo el pueblo, Antonio, Miguel Ángel, Carmen, Luis y muchos más que en la memoria no recuerdo. Hay también dos madres que miran a sus hijos, que están ante la Virgen de Butarque, uno rezando como presidente, otra cantándote ¡Madre! al mirarte. Y todos se preguntan: ¿Quién te desveló, María, que todas las generaciones bienaventurada te llamarían? Aquí están nuestros abuelos, aquí estamos nosotros y en la tierra están nuestros nietos, y con ese amor te admiran, bendita Virgen, alma mía!

¡No lloréis, bajad de nuevo, que es mandato del Señor aunque no sea lo que queremos! ¡No se puede, Señor San Pedro, quedarnos a tu vera, no podemos bajar a aquello y ver la lágrima cayendo! ¡Bajad, os lo ordeno, que necesitan el apoyo de los ángeles, desde los mayores a los más pequeños, que debe de ser el peor trago para estos, pero es así y seguro que luego lo agradeceremos! ¡Por favor, Señor San Pedro, no mandes a estos pequeños a hacerlo; diles que ayuden antes de eso y después bajaré yo, el guarda de esta Villa, a cumplir sin titubeo! Me convencéis, Ángel custodio, espero que sea del agrado de nuestro Padre misericordioso. Bajad entonces al Salvador angelillos, que allí os necesitan, es tarde de octubre, un domingo, enjugad las lágrimas de los que tienen que despedirse de lugar tan querido.

Bajan los mejores ángeles del Cielo a ayudar a los monaguillos, a coger los ciriales y encenderlos, a prender sus llamas que en mucho tiempo volverán a hacerlo y se levanta la cruz parroquial en manos del más alto chiquillo. Ayudan al equipo que lo retransmite, a poner las lentes en aquellos momentos que tardarán en repetirse. Cantan con el coro de siete, de doce, once y una, unos abajo, otros arriba, ¡todos con la voz como en Fuente

Ovejuna! Suenan las campanas de la torre más esbelta de esta ciudad tan alta, voltean y voltean, no quieren parar, sale el Señor Sacramentado, por la puerta de San Antonio, debajo del andamio, bajan todos los coros del Cielo a recibirlo con sus cantos, tocad más fuerte las campanas, que se oiga en toda ciudad, pueblo, mar, río, campo. Que resuenen los aplausos a su paso, el Himno Nacional, sus toques de órgano, la custodia bendiciendo a todos los que se llevan a sus ojos los pañuelos en las manos, ¿de verdad, Señor, es cierto que está cerrando? Avanza la cruz por el pasillo de rojo alfombrado, el incensario está más humeante de lo acostumbrado, el palio, rico de bordados alberga a su Majestad, que por todos los retablos ha caminado, por tantas devociones, por las ilusiones, las risas allí y los llantos. Suena la última nota, toca la campana de la sacristía, ha terminado la misa de despedida.

¡Ángeles no lloréis ahora, que habéis de consolar a aquellos que ya han bajado a la Soledad al suelo! ¡Una instantánea, un recuerdo, pide la familia, todos, niños, padres y abuelos! ¡Está la Soledad en la calle! Pero no es una procesión, sale tapada con su hermoso manto, acompañada, ¡bendita conjunción! por su representación de gloria, Paz de sus hijos y para los hermanos. Soledad y Paz, un relato, que surge en el entierro después del Calvario, sola está la Virgen al ver sin vida a su Hijo Amado pero de Paz se llena cuando espera que en tres días estará resucitado.

Vayamos todos a San Cristóbal, que allí ha vuelto la Señora. A la ermita que se construyó en su honor, en el pasado de nuestros tatarabuelos, y que vio como ardía, en medio de la furia, la rabia, la sangre de una guerra de hermanos y compañeros, la antigua imagen de la Virgen María. Señor San Pedro, replica el angelote, ¿podemos parar esto? No, querido niño, es necesario refundar nuestros cimientos, los físicos y personales, y seguro que volveremos mucho más llenos. Se abre entonces la bóveda del Cielo, no hay grietas en ella, ningún peligro de que se venga al suelo, se apagan los altares, uno a uno van perdiendo la luz al despedir a sus Titulares, se levanta en torno al Churriguera un panel de madera, quedara tapado ante nuestros ojos por un tiempo, los evangelistas y las virtudes esperarán ansiosos a un nuevo día en que volvamos a este templo, mientras tanto, hermanos, esperemos, es hora de hacerlo. Baja el Ángel custodio de nuestro pueblo, al principio no es capaz de hacerlo, lo impiden nuestros corazones que allí han pasado de su vida tantos decenios. Sus paredes y columnas testigos son de nuestro bautismo, de la comunión, de los actos de hermandades, de los primeros amores, del himno de nuestros cantares, de las confirmaciones, de las catequesis y devotas oraciones. Cierra las puertas de la Barbacana, aquellas que se abrían para que salieran nuestras imágenes, el Señor Sacramentado en el Corpus

Christi, en agosto la Virgen de Butarque, bajo un palio de flores de papel, con mucho arte y una alfombra de sal que nos dejaba como perplejos espectadores. Al Santo Nicasio, protector de enfermedades, patrón de los pepineros, gentes de gran talante. Al Pilar de Nuestra Señora, a la Madre del Carmelo, a la Virgen morenita de Guadalupe, a la Inmaculada, Flagelado y Descendimiento, a todos los Titulares que tras el dintel se encontraban con su pueblo. Golpe seco. Las puertas han cerrado. San Pedro mete su llave, la del cielo, pues es este pequeño trozo del Reino el que su cancela ha sellado. La gira y la operación acaba. Precioso templo, la excelsa casa, el lugar más acogedor, familia que no pasa, signo de amor, que Dios te eligió, se fijó en tu candor, nos vemos en nada, Querido San Salvador.

Quedándose los querubines, no volvieron al Cielo, querían estar con este bendito pueblo, en su caminar en el desierto. Y alcanzando Fuente Honda, Mediodía de por medio, Juan Muñoz y Butarque llegaron al campus, antigua Casa del Regimiento. Y allí, esta comunidad nos acogió, La Parroquia que tenía por nombre a la Patrona, la casa para todos ellos, los pequeños, mayores y también sus oraciones y sus sueños se unían a la familia que camina buscando el hogar eterno. ¡Gracias a estos nuevos amigos y compañeros, la fe nos une, una Madre que sale a su encuentro cuando en el arroyo el sol consume, unos hijos que en esta casa, su fe crece cada día y nunca pasa!

Y a los albores estamos de Semana Santa y los angelitos no habían vuelto. San Pedro, preocupado hablando está con Carlos de ello. En el Cielo cuidaba de todos los del cementerio, que en vida tanto adecentó con maravilloso celo y que cada mañana caminaba a la Ermita de su Patrona, a su encuentro. ¡Déjalos que son pequeños, se habrán quedado jugueteando por las esquinas de Jeromín, Palomares, Aranda, Muslera, un sin fin! Déjalos que aun no son dueños de una vida, que habrán despertado en los sueños de un niño que duerme con lámpara encendida.

San José, Padre, Maestro, Custodio de su Hijo y nuestro, los habla con ternura, y con corazón les alienta: déjalos que a la Iglesia representan la sencillez de unos pequeños, que estando en las alturas, han querido venir a los templos, a enseñar a fariseos, a perderse y que preocupados los busquemos ¡Que puede ser esto, María, no lo entiendo! Guárdalo José, hazlo con mayor celo, en lo más hondo de tu corazón con dulzura.

Y es que los angelotes estaban con travesuras porque a las puertas de este pueblo, la Semana Grande, cabalgaba con doradas monturas. Y llegaba a la Puerta del Aire, y llamaba sin cesar, porque aunque no sea por la calle, Semana Santa arribaba, y el Señor nos regalaba un año más un momento

íntimo para reflexionar, el Sacro Triduo Pascual, sin Estaciones de Penitencia fuera de la iglesia, sin nazarenos por las plazas portando las velas, los atributos de la Pasión o los faroles en los que se funde la plata y la cera. Una Semana sin capirotos ni mantillas, sin pasos ni costaleros andando, sin lágrimas de emoción en las mejillas, al ver el Encuentro del Cristo y la Soledad en Jueves Santo. Pero Jesús cena con sus apóstoles, los lava los pies y les da el Nuevo Mandato ¡que de verdad os améis!. Cristo es flagelado, de espinas coronado, una Cruz le es cargado y en el Calvario, perfecto altar de salvación, ha llegado para morir por todo el género humano. Volad, angelitos, volad y colocar otra vez todo. Las flores, las mantillas, la túnica y el capirote, encended los incensarios y la llama de ciriales y candelabros, vestid de oro y plata a los titulares en este tiempo santo, sentaos con jofaina y toalla en mano a lavar los pies a los doce, amigos y hermanos, cortad el olivo, poned las cortinas en el Sagrario, que en el Monumento Cristo se ha quedado para que adoremos hasta el Calvario. Meditad sus siete palabras, imaginad andando los pasos, izquierda delante, derecha atrás. ¡A los brazos! ¡Más a tierra, más abajo! Imaginad el momento del Gólgota, acolitemos a su lado, en el Sacrificio del Altar, en la hora nona, echémonos al suelo, a adorar la Cruz por la que ha bajado la gracia del cielo. Seguid tocando, angelitos, las campanas en la noche de gloria, que Jesús resucitará y la alegría, después de toda pena, al mundo volverá.

Estad atentos querubines, que San Pedro os llama de ahí arriba, que no habéis dicho donde ustedes iban y ya pasan semanas que han estado buscando. El Señor ya temía por esas dos pequeñas ovejillas que del redil se habían marchado.

Por eso los dos querubines, que bajaron desde el Cielo cuando llegaron allí arriba y en el portón de la Gloria los esperaba San Pedro, al verle cayeron a sus pies y a la vez ellos le dijeron:

“Hemos estado en Leganés, que es como estar, en el Cielo”

Alberto Muñoz Cuende

20 de Marzo del Año de Nuestro Señor Jesucristo 2021